



Ángel Villafañá, Creador de ideas n.º 3.

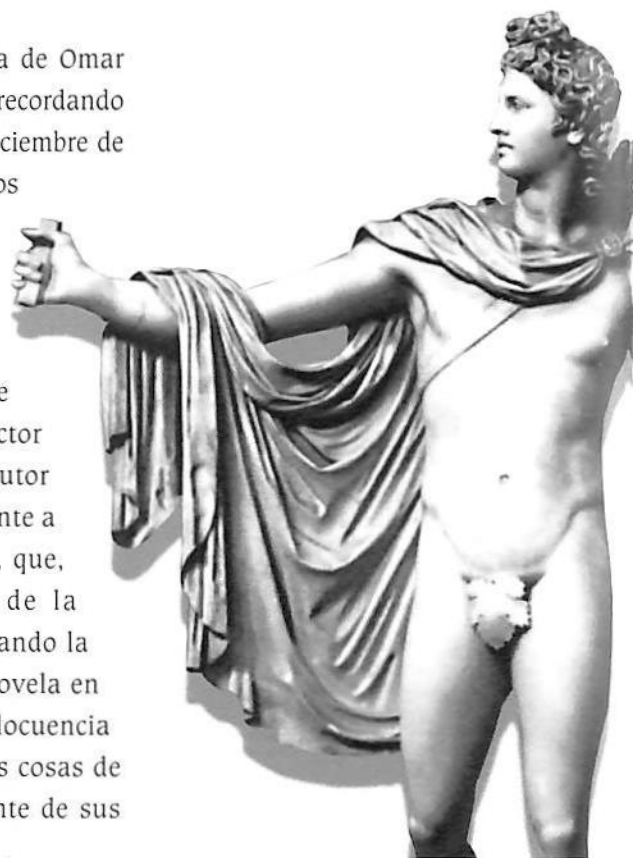
Libros

Las flechas de Apolo, de Omar Ménez Espinosa

Es un triste villorrio"... "Triste villorrio habitado por tristes muertos"... "Tristes muertos vivientes..."»

Con estas palabras inicia el segundo capítulo de la novela de Omar Ménez. Son las palabras que el doctor José María Uruñuela está recordando mientras camina solitario por la Calle Real la noche del 28 de diciembre de 1829, después de haber tomado charanda y coñac con los miembros de la Junta de Sanidad Municipal de ese "triste villorrio": San Joseph Tolotzinco.

Los asistentes a esa reunión son descritos mientras están apoltronados en amplios sillones tapizados de terciopelo, asintiendo y festejando las palabras del anfitrión y presidente de la junta, como si no fueran habitantes del lugar. Pero el lector no imagina en la reunión tanto al doctor Uruñuela como al autor de *Las flechas de Apolo*: disintiendo y reconviniendo cortésmente a Arratia por esas palabras, dichas de manera casi despectiva, que, recordadas por Uruñuela momentos después, pasan de la contundencia al tono dubitativo en que son recreadas empleando la aliteración: triste, triste, tristes. El autor está dentro de su novela en el personaje mencionado, en el que se pueden distinguir la elocuencia verbal, la experiencia médica y el amplio conocimiento de las cosas de Ménez: la personalidad que el autor adjudica al más prudente de sus protagonistas.



La inclinación docente de Omar Ménez está en la elocuencia de las disertaciones sobre la historia antigua de Tlotzincó y la medicina, de la cual se rastrean sus orígenes en las doctrinas de Empédocles, Hipócrates y Galeno dedicadas a los temperamentos, los cuatro elementos que conforman todo cuanto existe en el mundo y los humores que, a manera de fluidos, circulan por el cuerpo y determinan el aspecto, temperamento y hasta la complejión de las personas. Esas fueron las primeras ideas de lo que hoy es la medicina y forman parte de la novela histórica de Ménez, quien con esta obra ganó el Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano" 2007 convocado por la Universidad Autónoma del Estado de México.

El texto aborda temas que están bien documentados y fueron consultados metódicamente en archivos, museos y bibliotecas. Ya con fuentes documentales, ya con los testimonios recreados por la tradición oral, el autor aborda el contexto histórico-social, la filiación étnica de los pobladores, la lengua matlatzincá, el gentilicio y los rituales prehispánicos, y argumenta sobre la importancia de considerar iguales a indígenas, mestizos y criollos en términos no sólo de calidad humana sino de ética médica.

La novela atrapa al lector pese al empleo de locuciones lati-

nas, regionalismos de la época, nahuatlismos y sefardismos, muchos de ellos anacrónicos hoy, pero para entender sus significados se ofrece al final un oportuno glosario. Este esfuerzo de recreación es congruente hasta cuando aparecen textos que lo que hoy se podría pensar, y además ayuda a definir el perfil del personaje principal, seguramente extravagante a los ojos de un mexicano de nuestros días.

La narración en primera persona empleando la voz de Uruñuela permite al autor jugar con la diégesis, entrando y saliendo del curso narrativo central, sin que por ello el lector se pierda en los abundantes temas complementarios, pues éstos no obstaculizan el hilo conductor: de las riveras del río Xicualtenco al ascenso —a las cinco mil cuatrocientas cincuenta y dos varas sobre el nivel del mar— a los picachos nevados del Chignauatetecatl, "Señor de los nueve cerros" o Nevado de Tlotzincó; de la simpleza arquitectónica de la iglesia de la Santísima Concepción y la austeridad del convento de San Francisco Asís a la opulencia de la Santa Veracruz y la iglesia de la Merced.

Omar Ménez reitera en sus cátedras y conferencias que la literatura sólo sirve para despertar emociones y sentimientos. *Las flechas de Apolo* es una prueba más del aserto, y para muestra baste la deprimente "visita guiada" por el nosocomio de San

Juan de Dios Tlotzincó, en cuya zona de hospitalización se percibe el olor de los cómodos saturados de deyecciones disentréricas y la acidez del amoniaco vertido en los orinales de peltre. Causan estremecimiento las miserias hospitalarias decimonónicas y los arcaicos rudimentos de la cirugía y la anestesia, que más que una esperanza de vida para el enfermo eran muchas veces la antesala del "cuarto achaparrado, de gruesas paredes que hacen más frío su interior", con sus planchas de granito para los cuerpos inertes: "la verdadera Mansión de los Muertos".

El "Diario" del doctor Uruñuela contiene dudas sobre la validez de la ciencia pero también apuntes de filosofía de la ciencia y de la medicina; en fin, notas con reflexiones personales que remiten a lo que ahora se denomina "estado del arte", pero de la medicina del siglo XVIII, en las que se puede ver la semilla del positivismo que llegaría a México de la mano de Gabino Barreda tres décadas después.

El título de la novela la hace apetecible y es idóneo para el estilo y los gustos de las primeras décadas del siglo XIX, cuando se buscaba que las artes regresaran a los cánones clásicos y se quiso fundar un nacionalismo resultado de la mezcla de las tradiciones prehispánica y greco-latina, una fusión artificial y sincrética por ser un ejercicio de síntesis mecánica de civilizaciones tan distantes en el tiempo

y el espacio, aunque tal vez con algunas afinidades en sus mitologías. El título está basado en aquel pasaje de la primera rapsodia de *La Ilíada*, en el que Crises invoca a Apolo para que mande sus flechas contra los dánaos y "El Flechador de Pestes", atento a la plegaria, envía durante nueve días sus flechas. Con ese recurso se arma la metáfora sobre las recurrentes epidemias de sarampión, tabardillo y viruela. Un brote de esta última, a un año de concluir la tercera década del siglo XIX, habrá de asolar a San Joseph Tototzinco.

Y es esa epidemia la que lleva la novela al clímax. El hijo de un antiguo criado de la familia de Uruñuela tiene una extraña enfermedad que Cuautli, el médico tradicional, curandero o chamán no ha podido aliviar con sus métodos indígenas. Es a partir de aquí que Omar Ménez despliega una encantadora narración en que da cuenta de la experiencia médica en tiempos en que era ya más tradición, ciencia vetusta y terapéutica limitada al uso de varias hierbas, pocos minerales y mucho consuelo, que cura efectiva.

Ménez emplea de manera muy adecuada el recurso de llevar en paralelo la descripción de la visita de Uruñuela a la choza del pequeño en San Miguel Apinahuisco, uno de los barrios más tradicionales de la Toluca actual, narrada por el médico como voz omnisciente, y el relato

de la visita del niño y sus padres, y de los procedimientos y técnicas curativas del brujo de Calixtlahuacan, don Lucas Cuautli, a partir del informe verbal que dan al médico los padres del niño mientras Uruñuela ausculta al infante. En esta parte, el texto incluye la perspectiva antropológica con un ejercicio de etnografía que le permite recuperar una tradición de curandería indígena, narrada, como ya se dijo, en uno de los dos planos plasmados. El resultado es muy cinematográfico.

Y en la misma perspectiva antropológica, Ménez se vale del método comparativo para referirse a los dos procedimientos señalados y relativos al proceso salud-enfermedad; ambos, en el mismo contexto social y "actuando" sobre la misma enfermedad. Uno basado en aforismos griegos y deducciones; el otro, en conjuros y rituales mesoamericanos. Al mismo tiempo, da cuenta de las relaciones médico-*paciente* (paciente) y contrasta la científicidad de la medicina con la cosmogonía indígena con respecto a la epidemia de viruela a la que se dedican casi dos terceras partes de la novela. De paso, enumera las medidas oficiales tomadas por los gobiernos estatal y municipal a través de la Junta de Sanidad para atender la emergencia. Ilustra la actitud de la iglesia católica, cuyos curas, con rituales seráficos y sermones moralistas desde el púlpito,

pretenden conjurar el mal que diezma al pueblo de San Joseph Tototzinco.

Otro recurso de Omar Ménez es el que le da la fenomenología, adaptada en Estados Unidos por Alfred Schütz, alumno aventajado de Edmund Husserl, desde mediados del siglo pasado, pero que en México fue recibida en su concepción original, la husserliana. De otra forma, se puede decir que Carlos Castaneda también se vale de la fenomenología para la saga que inició con *Viaje a Ixtlán*. En *Las flechas de Apolo* hay fenomenología en el proceso del trance de Lucas Cuautli, poseído por el espíritu de un brujo convertido en serpiente, quien le entrega los secretos curativos con los que compete contra los médicos universitarios. Uruñuela y Cuautli tienen visiones enfrentadas pero al final complementarias, pues aunque una se apoya en una ciencia incipiente y la otra lo hace en las tradiciones mágico-religiosas, sirven para lo mismo: ninguna podrá combatir la viruela que se extiende implacable por más medidas paliativas que son aplicadas desde las trincheras oficial, religiosa y civil, incluso con actos desesperados, xenofóbicos y discriminatorios. De todas formas, no se detienen los viajes diarios del carretón y la cuadrilla de la muerte por las calles de San Joseph. El carretonero llama a las puertas para preguntar si hay muertos, cuyo destino será la fosa común.

Nadie sabe cuánto soportará la población de Tlotzincó el azote de las flechas de Apolo, que simbolizan aquí a la terrible epidemia.

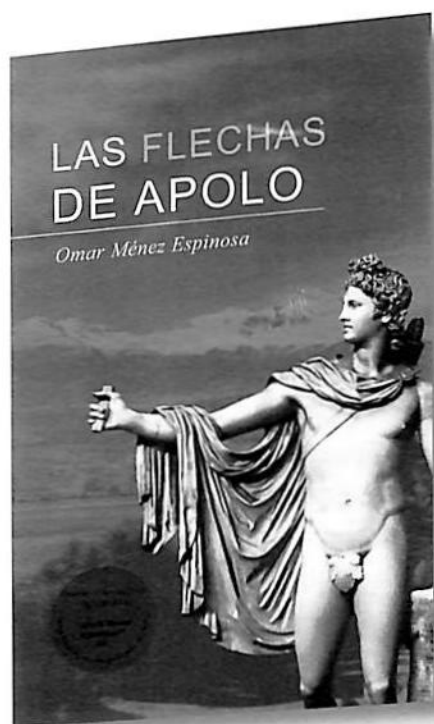
La incertidumbre que vive la población a partir del brote (recurrente cada dos, tres o cinco años en San Joseph) es recreada con acierto en la novela. Casi por eso mismo, aunque se trata más bien de un logro literario, el lector no puede esperar un final predecible, y tiene que enfrentar situaciones nuevas y cada vez más complejas que lo adentran en lo desconocido, sin que se pierda la tensión narrativa, casi como el enfermo de viruela que se aferra a la vida, porque sabe que si sobrevive, será inmune, aunque quede *chachamol*: marcado, cacarizo de por vida.

Al seleccionar la anécdota histórica y darle el tratamiento narrativo que le dio, Omar Ménez hizo una buena apuesta a favor del éxito de su novela. Hoy sabemos que no se equivocó. Vale decir que no hay cabos sueltos y que el contexto está bien recreado gracias a la conjunción de datos históricos con anécdotas irónicas como la del rico que por temor al contagio y teniendo los medios para aislarse, incluso de su familia, crea su propio cerco sanitario, pero el día que decide abandonarlo luego de un largo encierro, al bajar por la escalera pierde el equilibrio y muere a consecuencia de la caída.

José María Uruñuela e Irene, su mujer, están contruidos como una pareja que disfruta la sexualidad y el erotismo. Ménez confronta así el puritanismo de la época y aprovecha las rutinas del médico para llevar al lector por la estancia, el comedor, el estudio y, en fin, por cada rincón de la mansión provinciana del personaje, hasta que cae el velo de la intimidad y comparte la desinhibición cómplice de los esposos, quienes en la intimidad y gracias a la ficción literaria, desmienten los moralismos de la época, según los cuales "las funciones sexuales son nada más el instinto de reproducción que hay que cumplir, y hasta ahí." La pareja, y en especial Irene, embellecida con los rasgos de la ternura, la sensualidad y el amor, da rienda suelta a sus pasiones, que son la de dos jóvenes enamorados gozosos del paraíso carnal.

Entre finales de 1829 y los últimos días de 1830 queda comprendido el periodo en que Uruñuela lleva la voz de lo acontecido en San Joseph Tlotzincó, con su terrible brote de viruela y las dolorosas pérdidas de los habitantes del villorrio. Empieza el tiempo en que

éste se transformará en la capital del estado y abandonará gradualmente su condición de "triste villorrio" para convertirse en la ciudad que ya en el tiempo del doctor Uruñuela, ya en el de Omar Ménez, "a pesar de tantas deficiencias urbanas, tanta basura y olores desagradables, San Joseph Tlotzincó es mi ciudad... ¡Nuestra ciudad!... [...] Ciudad que tiene algo especial que atrae y proporciona confianza para quedarse siempre en ella...", según el ya entrañable médico y su creador. LC



Omar Ménez Espinosa, *Las flechas de Apolo*. Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano" 2007, Toluca, UAEM, 2008, 160 pp.